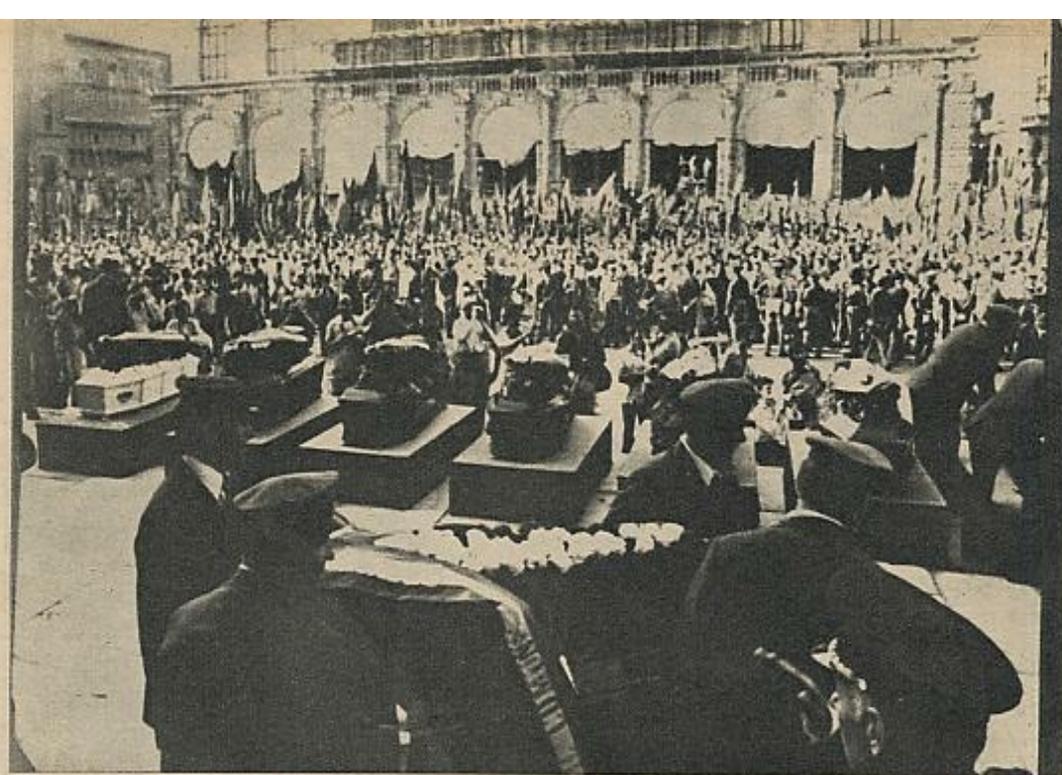


Cien mil personas en Bolonia para las exequias de las víctimas del tren «Italicus», volado por una bomba fascista; como el referéndum sobre el divorcio, los atentados de la extrema derecha están haciendo una unidad en la izquierda que antes no existía. Una unidad como la de los «frentes populares» de antes de la guerra: más que sobre programas conjuntos o acuerdos políticos, por un reflejo de defensa. ¿Está Italia al borde de una revolución, de una guerra civil? La cuestión, por ahora, es exagerada. Pero hay motivos para la inquietud. Las encuestas, las investigaciones policíacas, descubren cada día arsenales en cuevas del campo, en sótanos de las casas de los militantes fascistas. Una investigación paralela, pero anterior a estos atentados, la de la conspiración que se llamó «La rosa de los vientos», encuentra nuevos conjurados: el viernes 9 se detuvo al general de Caballería (esto es, ahora, de carros de combate) Ugo Ricci, de cincuenta y dos años. Hay orden de captura contra el general de reserva Francesco Nardella y han sido detenidos el teniente coronel Amos Spiazzi y el sargento mayor Antonio Graziano, junto con bastantes civiles. Se les encontraron planes de ocupación de ciudades y una fórmula de juramento fascista copiada más o menos de los tiempos de la República de Saló.

¿Por qué se ha esperado hasta ahora para estas detenciones y estas pesquisas, cuando los periódicos y la opinión pública venían hacía tiempo denunciando la reconstrucción de un fascismo violento? Desde el partido socialista en el poder, en la coalición gubernamental, pero de su ala izquierda, Lombardi ataca directamente a la democracia cristiana, que «se identifica ahora con el sistema de protección culpable que ha permitido al fascismo su sangüinaria actuación», porque «todos los hombres de punta de la DC están complicados en las cuestiones más oscuras de la estrategia internacional»; la democracia cristiana «no ha actuado contra el terrorismo neofascista porque está complicada ella misma en esta macabra acción»; «son hombres sin escrúpulos cubiertos por la democracia cristiana los que han puesto la bomba», y son los medios de negocios demócratacristianos los que entregan el dinero, el mucho dinero que hace falta para cumplir estos atentados.

¿Complicidad internacional? Se dice con frecuencia estos días, y no sólo por la izquierda. La complicidad internacional se reviste ya de un nombre: la CIA. Las acusaciones proceden de la misma democracia cristiana, de su ala izquierda, que culpa a la derecha de no informar al país y de dejar que las cuestiones sólo lleguen al Parlamento cuando han sido publicadas ya por los periódicos. Lombardi acusa también a la OTAN: la democracia cristiana tiene una convivencia forzada con los terroristas porque «no sólo no puede descubrir a sus hombres, sino que no puede tampoco correr el riesgo de descubrir a los emisarios de los aliados de Italia en el plano internacional de los Servicios Secretos de la OTAN, por ejemplo, que operan impunemente en Italia».

Pero también la extrema derecha acusa al Gobierno. El MSI es el partido fascista legal, que pretende mantenerse al margen de los actos de las otras ramas fascistas, como Orden Nuevo/Orden Negro, que se ha reconocido a sí misma auto-



Cien mil personas han asistido, en Bolonia, a las exequias de las víctimas del tren «Italicus», volado por una bomba fascista: los atentados de la extrema derecha están haciendo una unidad de la izquierda que antes no existía.

Prima della rivoluzione...

TERROR NEGRO EN ITALIA

ra del salvaje atentado del tren, o como los conjurados de «La rosa de los vientos», para poder seguir actuando en la legalidad. Jefe, Giorgio Almirante. Almirante ha visitado a la Policía para denunciar: según él, los terroristas son de la izquierda. Es lo que se llama «la pista roja». Almirante insiste en que siguiendo «la pista roja» se encontrará a los culpables. Este es el sentido de un manifiesto del MSI, que ha recogido la Magistratura por ofensa a las instituciones. Si los socialistas de izquierda atacan a la democracia cristiana, los fascistas del MSI atacan directamente a los ministros del Gobierno. Dice el manifiesto: «¡Terrorismo! ¿A quién beneficia? Sobre la piel de los italianos, el comunismo camina hacia el poder. ¡Terrorismo! ¿Quién lo alimenta? Ministros ineptos dan vía libre a la delincuencia. Contra el terrorismo y quienes lo utilizan, la Derecha Nacional propone: pena de muerte para los reos de terrorismo, disolución de todos los grupos extraparlamentarios, encuesta parlamentaria contra la violencia, abrogación de las normas abandonistas y permisivas, autoridad y eficiencia para las normas del orden».

La Ley contra el terrorismo que acaba de ser promulgada no llega, desde luego, a la pena de muerte, que sigue abolida en el país, pero sí una mano dura para castigar a

los culpables y para reforzar la Policía y la justicia. Crítica de la izquierda a la Ley: Que no condena expresamente el fascismo o el neofascismo, sino todo el terrorismo. Respuesta de la democracia cristiana: Que el terrorismo es indiscriminado y que el país debe enfrentarse con él, venga de donde venga. Acusación de la izquierda: Que mientras no se emita una represión dura de los partidos fascistas, continuando así las leyes de la posguerra, que están en vigor, los autores de la Ley seguirán apareciendo como cómplices. El proyecto de Ley, en efecto, contiene en su preámbulo una aplicación para todos aquellos que hayan formado parte de asociaciones políticas fascistas que continúan poniendo en peligro con actos criminales el orden del Estado, pero en los cuatro artículos dispositivos sólo se reprime la subversión, lo cual puede hacer suponer que en un momento determinado pueden recaer sobre partidos o grupos de la izquierda, comentan o no actos de terrorismo.

La propia gravedad de la crisis está sosteniendo al Gobierno; pocos son los que pretenden que caiga en este momento, porque sólo podría ser repuesto o bien con una coalición similar, lo cual no significaría nada, o bien con un Gobierno de izquierdas, para lo cual el Parlamento no está preparado, las conversa-

ciones entre socialistas y comunistas no han progresado y podría provocar una reacción. La tercera solución es la apertura de elecciones generales: en el caldeado ambiente del país, podrían dar lugar a actos de violencia exagerada. La opinión general es que habrá que esperar que pase el verano y se calmen los ánimos.

La crisis esencial es la democracia cristiana. Muerta en los otros países de Europa donde se implantó al terminar la segunda guerra mundial, persiste en Italia en condiciones muy difíciles, solamente gracias a la alianza con el socialismo, y con algo más que divisiones internas: desgarrones. La caída de la DC en Italia es lenta y larga, y está arrastrando consigo el desorden en toda la política del país. Su final a corto plazo es previsible. El país terminará ofreciendo una imagen francesa: una derecha y una izquierda, unidas cada una de ellas. Pero hoy, en Italia, la izquierda unida tiene más posibilidades de ganar unas elecciones que en Francia. Y esa unión de la izquierda es lo que los atentados están tratando de evitar: quieren conducir al país a una semidictadura, a un Gobierno fuerte con restricciones parlamentarias y de libertad de prensa, y crear una «mayoría silenciosa» que por miedo a la violencia lo apoye. ■ H.